

Gabriela Huneeus de Izquierdo

## Poemas de viaje interior

(De su próximo libro «El camino, el hombre y su asno»)

### POEMA XV



**A**JUSTE a mi pecho mi rosa encendida y pude huir de aquel desierto en busca de los labios invisibles de la dicha.

Una brisa parlera me hizo añorar las palabras de la anciana que vigilaba el silencio de los campos, junto a su cabaña.

Volví al jardín de la primavera y recobré mi serenidad perdida en la encrucijada de nuestra separación, a la sombra de una duda.

Círculo de rosas y jazmines me enlazaron hasta suspenderme en el éter, y tu nombre modelaba mis labios.

Nuevamente tenía tu rostro sobre mi rostro y una secreta bienaventuranza irradiaba entre mis venas.

El amor me ofreció su copa de oro, y en un reino sin estaciones bebí su néctar.

## POEMA XVI

Bautizada por la ley de Dios y por la del hombre, en el corazón de la vida, disfruté en tus senderos... ¡Oh amado...! de las riquezas de sentir, de dar y recibir.

Plena de efluvios se inspiraba mi juventud entre las manos perfumadas de tu primavera.

Cada aurora y cada noche, en el ánfora de la eternidad bebía el vino precioso de tu sangre y me penetraba el Arcano del Universo.

Fuí coronada por el espíritu mágico de la belleza.

## POEMA XVII

Sobre la tierra yo estaba florecida.

En el puerto de la dicha tenía entre mis brazos el mensaje maravilloso de la creación, y nadie podía arrebatármelo.

El círculo de la vida se hacía más y más intenso, pero en su corriente vertiginosa... ay!... me señaló un día el valle de las lágrimas.

## POEMA XVIII

Olvidé las palabras de la anciana y destrozada bajé al valle de las lágrimas, para mí desconocido.

Todos éramos prisioneros de la duda y de la congoja.

Venidos desde lejos hombres y mujeres giraban en remolinos de amargura con sus pupilas cargadas de sombra y llanto. Desarraigados del sueño se sentían predestinados al polvo, pero el frío mortal de la negación aun no había logrado destruir el templo ardoroso de sus almas. Bajo los pórticos la espera, entre rodajes de brumas cada uno de ellos cantaba el salmo de la ausencia.

De pronto una brisa dulce trajo el tañido de antiguas campanas. Era el aliento de Jesús.